

P. ROMERO

Cristal

Revista quincenal

Año I

OO.....OO

Núm. 1

Cáceres 1.º de Noviembre de 1935

SUMARIO

Presentación.—CRISTAL, por *Juan de Acre*.—
Del viejo solar Luso, por *Ana de Lancastre
Laboreiro*.—Felipe II en Cáceres, por *Miguel
A. Ortí Belmonte*.—Por la España descono-
cida, por *Juvenal de Vega y Relea*.—Simbolos
Castellanos, por *Diego M.ª Silva Alcántara*.
—Fray Luis de León y «La Perfecta Casada»
por *Agustín Bravo Riesco*.—Alegoría de la
venta, por *Antonio Hernández Gil*.—Una
pulsera roja..., por *Eduardo Guerrero Oyo-
narte*.—De la España gloriosa, por *José
Ibarrola*.—Aguafuerte, por *José Trujillo Peña*.
—Mi artículo, por *Tomás Gómez Infante*.—
Mari-Isabela, por *Alberto Juliá*.—Alegria
perdida, por *a. t. e.*—Atardecer grana, por
Federico Reaño Osuna.—«La taberna de los
3 reyes», de José Carlos de Luna, por *X. Y. Z.*
Vida literaria y artística La Enciclopedia
Columbus, por *Angel Dotor*.



Típ. Editorial Extremadura
Muñoz Torrero, 2 - Teléfono, 203
CACERES

JAVIER FOTOGRAFO

Venta de artículos fotográficos

Kodak - Agfa - Zeiss - Ikon

VENTAS A PLAZOS

PABLO IGLESIAS, 12 TELEFONO 268

Camisería

Amplio surtido
en Sedas - Céfiros y Popelines

Cazadoras - Cueros y Abrigos Pluma

Casa Gozalo Teléfono 212.-Cáceres

Radio «TELEFUNKEN»

Lámparas «OSRAM»

Material Eléctrico

Coloniales, Loza y Cristal

San Juan, 20

J. MELENDEZ

Teléfono 87

==== CACERES ====

RESERVADO

PARA LA

PANADERIA

MECANICA

DE

A. González

GRAN

HOTEL EUROPA

Plaza Mayor, 31

Teléfono 101

Eulogio Criado Romero

*Corredor de Comercio Colegiado
(Notario Mercantil)*

Cáceres

*Avenida de Cervantes, 52 y 54
Teléfono, 342*

ALMACENES DE ALPARGATAS Y CALZADO

TRIPA SECA PARA EMBUTIDOS

Evaristo Málaga

APARTADO, 20

CACERES

Solo con el Anticatarral

NEUMOL

logrará curar su bron-
.....
quitis, calmar su tos,
.....
y aliviar cualquier do-
.....
lencia del aparato
.....
respiratorio

Pedirlo en las Farmacias

O A SU AUTOR

Farmacia Boaciña

CACERES

Venancio Mirón

MUEBLES

San Juan, 22 ······ Teléfono, 426

==== CACERES ====

VINOS

Casarente

El verdadero tipo Extremadura

COSECHERO

D. Fabián Lozano Reyes

Puebla de la Calzada

(BADAJOZ)

Representante en Cáceres

D. Ramón Bazaga Pacheco

Hernán Cortés, 1 - Tel. 176

CANDELA Y COMPAÑÍA (S.L.)

— C A C E R E S —

ALMACENES DE COLONIALES, MADERAS, YESOS,
CEMENTOS, CAÑIZOS Y AZULEJOS

FABRICA DE MOSAICOS HIDRAULICOS

Depositarios exclusivos para la provincia

de los Lubrifi- **SHELL** y del material
cantes marca

PIZARRITA (tubos, depósitos y planchas)

A. SILVA ALCANTARA

Ex interno por oposición y ex ayudante de las Clínicas de Medicina y Tuberculosis del Hospital Provincial y = Clínico de Salamanca, «Premio Cañizo 1933» =

MEDICINA INTERNA - ENFERMEDADES DEL PULMÓN

CONSULTA DE 11 A 2

SERGIO SÁNCHEZ, 1, 2.º :: CÁCERES :: TELÉFONO, 45

Cristal

Redacción: Veletas, 3 * * Teléfono, 79

Año I

Cáceres 1.º de Noviembre de 1935

Núm. 1

"Cristal", desde su primer número, con la ilusión de existir, divisa un horizonte lejano: aquí negros tintes de realismo duro; allá, en declive, suaves tintas—leyendas y fantasías—de muchos colores y muchas mentiras. Emprende la marcha. Su ídolo es una luz vacilante, inmortal. Tal vez la conquista resulte imposible. No obstante, irá caminando, paso ante paso, recreándose, recogiendo enseñanzas, trazando perfiles, esbozos de obras nuevas, que si no gozan la firmeza—la tristeza—del recuerdo, tampoco incurren en la fría injusticia del olvido.

He aquí, pues, la cristalización de un entusiasmo pujante. Entusiasmo y fe ciega: nuestro único orgullo; porque la fe admite, al propio tiempo, glorias y penas. Transparentar y no aparentar: nuestra más legítima satisfacción.

Su porte modesto sea para todos grato. Precisamente en su humildad encontrará quien lo repase el ferviente anhelo de causar deleite y la esperanza fundada de hallar voluntades buenas y propicias.

En fin. ¿Cuánto vale la alegría de nacer habiendo soñado?

Cristal

De Colaboración

(El nombre hace la cosa)

por Juan de Acre

Los veinte años, si son un poco vehementes y otro poco dementes, traen consigo la deliciosa servidumbre de las Letras; como los sesenta, si son serenos y apacibles, llevan de escolta el apego a la meditación.

La juventud hace buenas ligas con las musas. Pícaros resbalones, sin embargo, los que acercan al periodismo, con sus grandezas y miserias—más de las últimas que de aquellas—pues entonces se ha pisado ya un cuadrante de especulación menos azul y generoso. Así han llegado, tan callando, a muchos espíritus las primeras «confidencias» de la vida, de la vida social o política, que es antítesis artística de la vida que corresponde a la juventud. Y es que el «documento humano», entrevisto desde la amable tramoya de una Redacción, es algo tan perfectamente deplorable, que trae siempre, siempre, aun al ánimo mejor dispuesto a la benevolencia, la rotunda quiebra de fé en los valores sociales en circulación.

De aquí la superioridad de la Revista sobre el periódico, como escuela de ensayo para vocaciones intelectuales. Ya es aspecto disciplinar interesante y estimable que los veinte años entren en hábitos

de otorgar preferencias en los problemas del «trágico cotidiano» a la esencia sobre el episodio, a lo fundamental sobre lo frívolo. El octavo pecado capital en el orden del día: «fregolizar» conciencias y hechos, por obra y desgracia del papel impreso callejero.

Esta de ahora—nacimiento de CRISTAL—es una bella tentativa que escapa ágilmente a aquella tentación: el esfuerzo de un grupo selecto al servicio de la cultura, lejos de querellas políticas. CRISTAL. Una revista de optimas aspiraciones donde hasta el título respira idealidades. El nombre hace la cosa. O la deshace. Tanto como asegurar destreza en el manejo de las armas los caballeros de pasos honrosos han cuidado siempre el mote heráldico que les abriera grato efecto en el oído de la dama o en el adjetivo del cronicón. ¿Comprendéis la popularidad del mohín de Monna Lisa,—la primera fotogénica en la pantalla del Renacimiento—si en vez de crismarse Gioconda se hubiera apellidado Tadea o Escolástica? ¿No os sentís aconsejado por la voz, serpentina y angélica, que clama desde el fondo del Código de Manú, la trascendente invitación?:

—«No tome el hombre esposa

que lleve *nombre* bárbaro, de serpiente u objeto espantoso. Tome mas bien mujer de *nombre* gracioso, fácil de pronunciar, dulce, claro, agradable, propicio; que asemeje palabra de bendición».

Cristal. La juventud es transparencia en pensamientos, en anhelos, en la proyección de sus íntimos dones. Frente de cristal, corazón de cristal. El libro de las cosas omitidas que la madurez convierte en breviario tortuoso lo lleva en blanco todavía o lo ignora perdido aún. Después de todo la vida moderna ha aceptado la dictadura del cristal y no va mal del todo. Y el progreso tiene túnica de cristal—microscopio y telescopio—y hasta la Ley acepta la dimensión de un cristal, con alma de bijoux, contra cuya frágil majestad atenta siempre la primera

piedra del molín o de la transgresión tumultuaria.

Cristal. Contingente y quebradizo como la palabra de juventud por la que no pasó todavía el rayo de luz del Ideal, que ni rompe ni mancha jamás. Un pensamiento de la Naturaleza que fué más allá de agua y se arrepintió al llegar a estrella. CRISTAL. Que no deviene en concepto de naturaleza muerta; más bien, categoricamente, en prisma campoamoriano, siempre graduado para filtrar optimismo y luz, incansablemente dócil y risueño.

¿Tema, símbolo o propósito? De todo y no del todo. Pues para lo primero sería demasiado frío; para lo segundo demasiado frágil y para lo último demasiado académico. Cuidando que el cristal jamás desmerezca en vidrio.

¡¡Si pudiera llegar a diamante!!

Del viejo solar Luso

Pazos provincianos

por Ana de Lancastre Laboreiro

Visitando las nobles piedras del antiguo reino Lusitano en aquellas ardientes y fecundas tierras del Sur donde la influencia árabe fué más intensa y la romana dejó más marcado el poderío fastuoso de su imperio, o allá en las suaves o altivas proviacias del Norte de noble estructura celta, nuestra alma sedienta de belleza guarda religiosamente oculta la impresión recibida y siente celos de manifestarla.

¡Como si ella fuera irreal como esos quiméricos sueños que engañan nuestro espíritu y tan amargamente nos desilusionan al despertar! Es que indiscutiblemente la Idea es siempre mas bella que la Frase por eso quizás nuestra sensibilidad artística mantiene a veces oculto ese deseo egoísta de poseer y no descubrir.

La visión de lo bello queda eternamente gravada en nuestra retina.

Recordar es volver asentir, pero nuestra pluma no siempre sabe interpretar con fidelidad el estado exacto de nuestro espíritu.

¡Viejas piedras del viejo Portugal! Pazos, Palacios y Solares, de la nobleza lusitana perdonad si no supiéramos enfocar toda la gracia de vuestras líneas arquitectónicas, todo el encanto que emana de vuestra historia sentimental.

Ahora que la palabra *Palace* significa generalmente en su lenguaje cosmopolita *Orgía*, escuela nefasta del vicio y la falsedad es grato visitar los viejos pazos provincianos que fueron morada de nuestros mayores y escuela de las virtudes de nuestra raza. Parece que aún ha quedado flotando en en los lindos jardines de mirto y arbolado certenar el aroma casto de sus espíritus saturados de poesía y misticismo. ¡Son comparaciones bien saludables para nuestra alma!

Antes que pasemos a hablar de los Pazos en general recordando fechas, acontecimientos y leyendas relacionadas con su antiguo esplendor creemos oportuno dedicar algunas frases al *Paço* propiamente dicho cuyas características son un tanto desconocidas en España e indudablemente de interés para la historia de la «Morada solariega peninsular a través de los siglos».

Portugal aunque geográficamente situado el último pueblo de Eu-

ropa confinando ya con el mar, ha sido siempre un pueblo amigo de innovaciones y adaptable a toda civilización necesaria a su temperamento artístico y de gustos refinados, pero dos épocas de fausto no superado vienen a marcar y nacionalizar definitivamente esa espiritualidad artística.

En el siglo XV surge el estilo *Manuelino*. La piedra dócil a la mano del hombre conviértese por su maestría en encaje finísimo, tan frágil, tan sutil que a veces diríase hecha por manos mágicas de hadas. Es el gótico florido pero influenciado por la epopeya marítima. Lleva el símbolo de la cruz y los emblemas de las caravelas. Ha quedado vinculado más al arte religioso que el aristocrático, sin embargo cuántas casonas pueden hoy ostentar aquí una ventana, allí un portalón del más puro estilo *Manuelino*. Evora la blanca, la ciudad del silencio es prodiga en belleza de este género, pero Evora merece un capítulo aparte.

La segunda época a que nos queremos referir corresponde a fines del siglo XVII y principios del XVIII que es cuando alcanza el apogeo de un esplendor.

Al contrario de lo que ha sucedido con el *Manuelino* el *Quiñenistaes* a nuestro ver nocivo al arte religioso. La severa belleza del gótico armoniza mejor en los viejos templos de negro granito con los ritos de nuestra religión católica que esos ricos monumentos levantados con soberbia ostentación

en costosos mármoles y preciosos mosaicos traídos de extrañas tierras, que son y representan un alarde de riqueza, fascinan nuestros ojos con sus magníficos retablos de preciosa talla dorada, sus bellos candelabros de plata cincelada, sus ricos damascos, pero nuestra alma no se siente mucho mas ferviente orando en Santa Cruz de Coimbra que en San Roque de Lisboa, magnífico ejemplar en este género.

El siglo XVIII es por excelencia el siglo del fausto y de las elegan-

cias cortesanas, en todos los países de Europa, pero en Portugal como en Francia alcanza proporciones alarmantes. Don Juan V era el monarca más rico de su época y quiso en todos los actos de su vida imitar los gestos fastuosos de su rival francés. Como el dejó un estilo propio hijo de sus prodigalidades, y así como su antepasado don Manuel «El Venturoso» introducía en el arte nacional los símbolos de la Fe, don Juan V hacía surgir en él los de su frivolidad.

(Continuará).

Felipe II en Cáceres

por Miguel A. Ortí Belmonte

El Rey Felipe II, se encontraba en Lisboa en 1583, después de haber terminado la conquista de Portugal y jurado por rey de este reino en las cortes de Thomar. El Consejo de Cáceres recibió una carta del licenciado Tejada en que le participaba que preveyeran lo necesario para arreglar el camino de Alburquerque a Cáceres y de esta capital a Trujillo, para que pudieran pasar los puentes con toda comodidad los carros que vinieran y que se hiciera también acopio de harina, carne y pescado. Fue portador de esta carta el regidor perpetuo de Cáceres don Gonzalo de Ulloa, jefe de los Ulloas de Cáceres, señor de la villa de Torreorgaz y militar ilustre. Había hecho las

guerras de Italia donde se distinguió y acompañado a Felipe II en la conquista del reino vecino. El Ayuntamiento mandó que saliesen 100 hombres a componer los caminos y que se dieran caballos a los Regidores, Caballeros e Hijosdalgos y a los hombres buenos para que salieran a esperar al rey. Que se levantaran arcos, que se celebraran fiestas públicas, pero enterado Felipe II de los gastos cuantiosos que estaba haciendo el Ayuntamiento empeñando sus bienes de propios y tomando préstamos sobre sus censos, ordenó a su Secretario Mateo Vázquez, que escribiese en su nombre a la ciudad, prohibiendo que se gastaran más de mil quinientos ducados,

que los regidores no se vistiesen de colores, ni con ropas largas, que no se celebraran fiestas públicas y que el palio fuese modesto.

El Martes 8 de Marzo hizo noche el Rey con su comitiva en la finca de los Arenales. Los caballeros de Cáceres salieron en cabalgata a esperarlo y los soldados mandados por Pedro Alonso Golfín y Hernando de Ovando. La comitiva real entraba en Cáceres a las cuatro de la tarde del miércoles por San Antón en donde se había levantado un arco.

Allí estaban esperando los Regidores vestidos con capa larga de Florencia, mangas de raso acuchilladas, sombrero y talabartes, zapatos de cuero, calzas de terciopelo carmesí y medias de seda.

El Corregidor D. Francisco Mateo Balcárcel y los regidores por orden de antigüedad, besaron las manos al Rey. Venía éste montado en un burro vistiendo su traje siempre negro, en esta época y su alto bonete que tan conocido nos es por el retrato de Pantoja de la Cruz.

Bajo el palio del Concejo, que era morado y bordado en oro y con doce varas que llevaban el Corregidor, su Teniente y diez Regidores, atravesó la calle de Pintores, nombre que ya tenía, o a la de la Corte a la plaza, a entrar en el recinto amurallado, posiblemente por la puerta de Coria, pues la muralla no estaba entonces cortada ni edificado el arco de la Estrella, aunque sí existía la Puerta

Nueva con una pequeña rampa de acceso.

Llegó a la Iglesia de Santa María, donde oró un cuarto de hora, pasando después al palacio episcopal, el único que tenía este nombre y privilegio desde la conquista, según disposición del Fuero.

Al Rey le hicieron una serie de peticiones, entre ellas que tomase a su servicio al Licenciado Alonso González Mogollón, natural de Cáceres, que estaba en la Universidad de Salamanca. Estuvo en Cáceres todo el día siguiente y el Viernes a las nueve salió para comer en Torreñocho, camino de Trujillo y Guadalupe.

No menciona la crónica la impresión que le produjo al Rey la ciudad, pues Felipe II era un verdadero arquitecto, lo comprueba su intervención personal en la construcción de numerosos edificios y la larga parada que hizo en Mérida cuando iba camino de Portugal, en medio de la desesperación de los gentiles hombres de su comitiva, que estaban atónitos al ver cómo el Rey estudiaba el teatro Romano, olvidándose de su empresa política.

.....
 «El eterno prejuicio que debiéramos, al cabo, desechar, consiste en creer que la antigüedad nos es íntimamente próxima; porque hemos sido o pretendemos ser sus discípulos y sucesores, cuando, en realidad, sólo somos sus adoradores».

Por la España desconocida

Grande, como en pocas regiones, es la riqueza de Extremadura, en relación con el interés turístico. La prehistoria, en Jerez, Garrovillas, Valencia de Alcántara; la arqueología romana en Mérida, Coria y Alcántara; el arte cristiano en Guadalupe, Badajoz y Plasencia; la recia arquitectura de las casas fuertes, en Cáceres; la evocación de las grandes figuras históricas en Yuste, Trujillo y Medellín; la leyenda, en Tormantos, Montfragüe y el Castillo de Alburquerque; el paisaje, en Hervás, la Vera, la Cervera y Montánchez; el «folklore», en Montehermoso, Torrejoncillo y Garrovillas, son, entre otros, variadísimos motivos que permiten cruzar el territorio extremeño en todas las direcciones, con itinerarios de gran interés para los catadores de la fina emoción de conocer y comprender tierras nuevas.

Cuando se recorre con la necesaria detención una comarca, calando hondo en la contemplación de sus realidades—tierra, arqueología, «folklore»—, queda abierta al espíritu investigador la posibilidad de una interpretación sintética que se elabora casi espontáneamente como una necesidad final de la contemplación misma. En ésta que Unamuno ha llamado «serena

Extremadura, la tierra que ha logrado detener el tiempo

por Juvenal de Vega y Relea

extensión de Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares y de los rodeos», parece que todos los factores concurren a que esa síntesis se realice rápida e inconcusamente. Y se formula con esta conclusión: Extremadura es una tierra milenaria, empapada de pasado y de vetustez, en cuyo suelo y en cuyos hombres, más que en los de parte alguna, parece que se perciben remotas resonancias y supervivencias de otras edades. Suenan a algo más que a hierro Extremadura. Suenan a misteriosa e imponente antigüedad. Parece como si los tiempos se hubieran complacido en ir dejando sobre ella la ofrenda de una perenne actualidad.

Consultad, en efecto, a los geólogos, que dirán que en Extremadura se encuentran terrenos de los más antiguos del planeta sobre los cuales están edificados pueblos enteros, como Montánchez y Brozas, y que estos terrenos se acusan en ese paisaje típico y extraño, impresionante para quien por primera vez lo contempla, cuyo principal protagonista es el roquedo, formado por «colosales canchos rodados que traen a la memoria la fábula de los mitológicos titanes», dando materia a la imaginación con sus formas y acumulaciones

caprichosamente monstruosas para variadas y temerosas quimeras; enfrentáos con el misterio de la escritura ógmica y de las citánias de Santa Cruz y Logrosán, con los numerosos dólmenes que cubren buena parte del suelo extremeño, con sus piedras bamboleantes, una de las cuales, enhiesta en la bella meseta de la sierra de Montánchez, parece como si aún sirviera de oráculo a los numerosos pueblos que desde allí se abarcan; preguntad por qué pervive en el Castillo de Alburquerque el recuerdo de Bernardo del Carpio y del Conde de Saldaña, y qué maravillosa persistencia hace que en el pueblo de Torrejón el Rubio exista actualmente una calleja llamada de «la Cava», en la que un hijo del rey Don Rodrigo, espera, encantado, la hora de reconquistar sus estados; observad el hieratismo impenetrable de las viejas ciudades como Cáceres, Coria y Trujillo, decididas a conservar íntegramente la dorada páina que sobre ellas, como poso del tiempo, han ido dejando las centurias; penetrad en la oscura raigambre de muchas de las preocupaciones y costumbres populares, y no habrá más remedio que afirmar que, como reza el epígrafe de este artículo, Extremadura parece la tierra que ha logrado detener el tiempo.

—
 ¿Ejemplos concretos? La ciudad de Cáceres, que ha sido llamada «ciudad heráldica y de protocolo», es uno. No busquéis aquí monumentos aislados, dignos de una es-

pecial visita. En Cáceres no hay más que un monumento: la ciudad misma, ejemplar único de población casi completa del XVI y XVII, merecedor de ser declarado monumento nacional. Cuando, pasada la Plaza Mayor, se traspone el bello Arco de la Estrella, queda verificado el milagro de que el visitante huya del siglo XX para retroceder tres o cuatro centurias. ¿Dónde está la verdadera ciudad nueva, moderna? No existe. En la vieja ciudad pervive, vigilante, imponente y celoso el espíritu de los tiempos que fueron, que tienen sojuzgada a la que sólo es conato de población nueva. Desde la Torre del Bujaco, parece que ese espíritu dicta normas e impone silencio al pueblo que bulle de murallas afuera. Se ha detenido la historia. ¡Muda perspectiva de los Adarves; señorial plaza de Santa María; arrogante torre de las Cigüeñas, librada por los buenos servicios de un fiel Ovando de la orden de demolición dada por la Reina Católica; bella casa de los Golfines, la de la desafiadora cartela; angostas y tenebrosas calles de la Manga, de la Amargura y de la Compañía; recias casonas fuertes, las de tambores aspillerados y vigilantes tronearas, que hablan de múltiples caudillismos y de mútuos recelos, con qué vigor os ofrecéis aún a la contemplación del visitante, y cómo contrastáis con el sencillo espíritu del pueblo, cuya humilde matriz solariega es la típica calle de Cale-ros!...

Pero salgamos de Cáceres. Podemos dirigirnos ahora a Alcántara, que es uno de los itinerarios recomendables.

A Alcántara me llevan
por mi deleite,
no he visto cosa buena,
si no es el puente.

dice una copla popular. Y en efecto, allí está el puente milenario, como si acabara de ser construido, dando la impresión de eternidad a que alude la atrevida inscripción que anuncia que el puente durará lo que el tiempo durare, y que en estrofas magistrales, del más puro corte clásico, cantó el poeta cacereño López Cruz.

Podemos ir después, recorriendo otra de las rutas del turismo de la alta Extremadura, a Plasencia. Y allí, sobre todo si es día de mercado semanal, nos encontraremos con las mujeres de Montehermoso, cuyo bello indumento típico tan peculiar, tan puramente local, hace pensar en no sé que lejana mez-

cla de elementos, como aquellos que, según el poeta, se juntaron para ser abolengo extremeño,

cuando en la paz agreste de la fresca ribera
se amaron bajo el palio robusto de una encina
un celta de la Armónica y una virgen ibera.

Y si acertamos a caer en una aldea extremeña una noche de San Juan, quizás sorprendernos, a la fantasmagórica luz de la luna, la escena de un joven y humilde matrimonio que pasando a su tierno infante por el hueco en circunferencia de una mimbres hendida, mantiene el siguiente diálogo:

—Toma allá, María.

—¿Qué me entregas, Juan?

—Un niño quebrado,

—¿Quién lo sanará?

—La Virgen María y el Señor San Juan.

A través de esa escena se deja oír, también, la voz ancestral de fórmulas y ritos que otras generaciones, por no sabemos qué misteriosos caminos, llegaron a formular.

Simbolos Castellanos

Teresa de Jesús

por Diego M.^a Silva Alcántara

15 de Octubre de 1582: muere la Santa. Su alma no necesitó subir para immortalizarse; halló un rincón con paz de cielo en el mismo corazón de su mundo.

Castilla, llanura ocre, gris; color de realidad que es de tristeza. Sólo lo siempre futuro es sublime. Lo posible es siempre imperfecto.

Sobre esa realidad triste, hay un alma, que anida una esperanza

de inmortalidad. Alma con sed de azul de cielo y hambre de alientos eternos. A veces ilusiones que intentan subir, caen rompiéndose las alas. ¡Es tan difícil conseguir lo que es tan hermoso! ¿No es bas-

tante haberlo querido y soñado? Pedir su existencia sería pedir demasiado.

«La higuera que mira a otra higuera—dice un proverbio árabe—acaba por fructificar». Castilla es mística de tanto mirar su cielo. Así fué, que algún capullo con aroma de sacrificio sintiese como fragancia, rocío de divinidad.

Las lindas torres castellanas—flores de oración, frutos de fé—quieren crecer. Parecen niños que intentan saltar del suelo para alcanzar la sonrisa de la madre y darle un beso.

Pueblos hay—más hoy que ayer—que tieden hacia su ideal en línea horizontal. Se creen en el centro. Se sienten perfectos. Por el contrario la tendencia del espíritu de Castilla es vertical. De aspiración al máximo valor.

Sobre esta tierra, como reflejo de una estrella que cruzase el cielo, vivió Teresa de Jesús.

—

Avila mitad del s. XVI. Infancia de la Santa. Aventuras fantásticas. Caballeros andantes que pisan la imaginación blanca de la niña, haciendo contraluz en su alma. Después, misticismo, tristezas y anhelos de martirio. Caminos del cielo.

Juventud. La amiga frívola, aires mundanos. Galanteos y noviazgos. Y tal vez, principios de un verdadero amor. Primera ilusión; claridad de sonrisas y aroma de jazmines. Tronchada luego se hundió en su pecho, como abono pu-

rificador del alma hizo nacer esperanzas y sentimientos nuevos.

El trágico dilema de la duda. Al fin la paz del convento; oraciones. Reproches de Jesús. Nuevos rumbos.

Y sucede entonces que la monjita buena, se arrepiente de su pasado y busca por sus actos conseguir la gloria. Su vida es oración—dulce oración que nos depura y eleva, que como dice San Bernardo cuando es humilde, fiel y fervorosa penetra los cielos y no volverá vacía.—El manto de mujer cayó a sus pies; la luz clara de la santidad quedó sin sombra.

—

Alba de Tormes—donde todo es precioso simbolismo—20 de Septiembre de 1582. Atardece cuando Teresa de Jesús llega al palacio. Es el momento de transito en que la vida de los seres se adormece; el espíritu de las cosas comienza su juego. Hora del crepusculo con luz mística, hecha para sentir que es rezar.

Suspiros de campanas—suspiros de amor, por amor desconocido que sienten—,consejos que hacen brotar una plegaria del alma, pallan el atardecer, lento y triste.

Oscurece también en la vida de Santa Teresa, se aleja el sol de sus días; va a empezar su noche blanca.

Pero, en nuestro mundo de cultura está amaneciendo. El sol de las letras lanza sus primeras luces que al acariciar cobre viejo, dan reflejos de oro nuevo.

Fray Luis de León y "La Perfecta Casada"

Ideales sociales.-A guisa de prólogo

por Agustín Bravo Riesco

Virtud propia es de los autores clásicos lo que pudiéramos llamar pluralidad de pensamiento o acumulación de ideas. Y, así, fácil es advertir en sus creaciones maestras, aun dentro del margen que les impone el plan preconcebido y la unidad propia de toda obra bella y perfecta, una rica gama de pensamientos y complejas apreciaciones extensivas y aplicables a mundos, distintos al menos de aquellos a quienes a primera vista parecen ser dirigidas.

Prueba inequívoca de lo pletórico y exuberante de tan selectos espíritus.

«La perfecta casada», obra quizá la más popular de aquel florón del Renacimiento que se llamó Fray Luis de León, está llena de doctrina social; pues el autor, al dirigir la mirada de águila hacia la esposa, reina del hogar, sienta principios y verdades tan trascendentales en mencionado orden de cosas, que bien puede figurar su nombre entre los llamados sociólogos, que se ocupan y estudian el orden y el bienestar social.

En el presente trabajo vamos a recoger las principales enseñanzas que por mencionado libro se hallan

esparcidas; pues, aunque su autor no se propone sino explicar el capítulo último del libro Sagrado de los Proverbios, en que sintéticamente se hallan dibujadas las cualidades y obligaciones de la mujer fuerte y ejemplar casada, la interpretación y ampliaciones magistrales que desenvuelve, le dan pie para hacer una obra llena de belleza literaria, de gran envergadura social y de perenne actualidad.

El espíritu bíblico late en sus páginas, constituyendo algo así como su alma y clave de temperamento artístico e imprimiéndole profundidad en el pensar, no exenta de singular gracia y desenfado, notas en el autor tan peculiares e inconfundibles.

A las palabras textuales seguirá en cada caso y capítulo, breve aclaración a modo de comentario, ateniéndonos al orden y división por Fray Luis trazados.

No faltará quien tache semejante intento o de pueril y excusado o de presuntuoso, pero tal vez ni en lo uno ni en lo otro se muestre ecuánime y ponderado; lo primero, porque las sentencias de un clásico, como el que nos ocupa, están cuajadas de penetración y sentido; y

Alegoría de la venta

Canción de la vida

Claveles de vieja y larga poesía esmaltan el hierro pardo de un balcón perdido; aislado, con luces y vistas agarenas. Frescos árboles, los castaños, tiñen con el carbón de sus sombras, la paz de los cordeles, la tez tibia de las viviendas románticas. Prados agonizantes, que agotaron las últimas lágrimas de las acequias y claman la buena, la mansa ventura de un cielo templado. Azul la sierra. Dorada en cobre la llanura agostiza y rastrojiza, como doliéndose de la ingratitud de los orfebres. Cincel y piedra blanda. Coser y cantar. Sonrisas entre alegres y superficiales.

contribuir de algún modo a su divulgación y más asequible inteligencia es cooperar, al menos, al elevado intento de su autor, a sus más vivos anhelos y a la celebración, siempre desigual y menguada, de su memoria imperecedera.

En cuanto a lo segundo, como toda la doctrina de tan insigne maestro es purísima y elevada, no sólo huelga todo retoque y enmienda, sino que aun lo ínfimo y pobre que pueda allegársele, serán humildes flores silvestres que si no tienen el subido perfume y fragancia, al menos, por lo sencillas y espontáneas, no merecerán la repulsa de ánimos imparciales y serenos.

por Antonio Hernández Gil

Alguna aceña, aquí o acullá, atilada, como taza de plata recién salida de manos de mujer limpia y casadera, que sin tener hijos se procura semejantes cuidados; es rica y sabe, y no le importa percibir el tufo, el cándido calor de la plancha antigua... Cuartagos soñolientos sin sangre en los ijares— el verdadero caminante camina a pie—, cabizbajos de tanto medir y meditar leguas. Varas de mimbre, mitad blancas, mitad verde nativo, hurtadas a orillas de cualquier ribera. Fruta en sazón. Fruta tardía, de buen yantar y sana presencia. Aceite lírico, lento en la caída, color del sol y el agua fundidos, si a ello no se opusieran el presagio bíblico y la ley física. A contra luz, en el borde ilusorio del horizonte, se hunde hacia la lejanía un carro corpulento, como si tirasen de él caballos apostólicos, vaporosos y sublimes. Dijérase que su rara ilusión supera el perfil fantástico de algunas visiones goyescas...

Paisaje múltiple e inconfundible. En Andalucía o en La Mancha. Tal vez en esta Extremadura triste, tristemente dormida. ¡Quién sabe! Lo cierto es que del mesón clásico por la sangre y por las letras, brota una leyenda inveterada: la danza y los cantares mueven la silueta de la tradición... Es el compás airoso, garboso, que marcan

las faldas entre vuelos y revoleras. Trabaja y vierte salud en carne y en colores la dueña de la venta, madreperla de los caminos. Reclama deudas, prodiga saludos campechanos, atiende a todos, ajusta cuentas, compra, vende, propone negocios ideales; atesora confidencias, muestra secretos; distingue a las mil maravillas lo que es confianza y lo que simula atrevimiento; propugna una justicia inspirada en el bien y en la resignación; siempre esperando noticias de un hijo que marchó a Buenos Aires..., siempre haciendo promesas... Gasta unos aderezos que vano fuera pretender hallarlos iguales o semejantes; pelo liso, largo y tendido... Jamás se extingue el brillo en sus ojos. Jamás penetró en la venta, viejo relicario, la luz del siglo de las luces. Candiles mortecinos, mustias candilejas de negro llanto, ora encienden frescos rostros de marfil, ora ahuman arcas enterizas y sahumadas... Arroja el viandante los atavíos de su cabalgadura. Se quiebran en sonidos las esquilas al besar el suelo. Dormirán toda la noche en un rincón, a la vera del vasar. Dormirán calladas, penitentes. Sólo se oirá el metal de sus frías gargantas si algún perro o gato transnochador quiere hacer cama redonda. Entonces se inquietan. El huésped descansa sobre el escaño. El ensueño, imaginación del ensueño, quizá le hablara de su sino. Saca un brazo por fuera de la manta. Es bajo su lecho; y duro. Toca el pi-

so. Se incorpora; escucha, garraspea; al fin tose.—¿Quién va?—pregunta. Lo repite. Arrecia el aire. Atiza, esparce el rescoldo, yerto de frío, al parecer, oculto en la penumbra gris de la ceniza, comiéndose sus propios alientos, agonizando. Consume la segunda vida de un cigarro, La campana de la chimenea recoge los más leves murmullos; infúndelos solemne elocuencia. Acaso haya cosas que contar en la vecina pastoría. Parece la voz del mayoral, ahogándose en las cascadas del río, triunfando sobre los firmes canchales de la sierra, bien sujeta a las bridas del viento... Pero no llamaba nadie. Bueno, eran las horas, que en ocasiones, aguzan sus lanzas dramáticas y se dejan sentir hondamente. Torna el huésped a su plácida quimera, como jugando al no existir, como tú y yo jugamos cuando lo mandan la cabeza o el tiempo. Y el huésped se envuelve en la sábana de ese más allá mentiroso, como de juguete. Y va pensando en aquellos claveles. Sucedió hace mucho. Es patrimonio de las consejas. Es así: La aceña del molino ofrecía agua limpia a las primeras estrellas. Estas apoyaban sus duros pechos en los cantos del pilar. Como buenas zagalas bebían a bruces; fuera remilgos. En el balcón que corona la portada de la venta, dos macetas—jardines artificiosos, floreros naturales—merecían la pena de iluminar, merecían la pena de que una luz naciese de una flor. Y nació. (Sí, es así.) Y

los claveles, al esmaltarse en el cielo, parecían bengalas que nunca se extinguieran. Y una nube de mariposas, viejas prematuras, latentes, los visitaban todas las noches. Podían posarse en ellos. Era un verdadero milagro, un hechizo. Las mariposas estaban contentas. Disfrutaban a una ambos placeres; la luz y el perfume; la luz, sin el peligro del fuego; el perfume, con el placer de la luz...

Más acaeció por entonces que a un guindo le trajeron muchas guindas. Y en éstas creció una envidia indescriptible, casi humana. ¿Ser rojas, intensamente rojas y que el color no trascendiera al mundo de las sensaciones luminosas? Agotarse en sí mismos: he aquí el martirio, el castigo que llevan tras sí los colores; y he aquí también porque el rencor era inmenso, trágico. Y una noche, una mano invisible, quiso cortar un clavel. El clavel oponía resistencia.— Sé compasivo—habló el espíritu a que obedecían las tentaciones de aquella mano—¿Conoces el huerto donde crece aquel guindo? ¿Conoces aquel cuarto melancólico, de tejas renegridas, de cal gris, ruinoso, pobre y oscuro que se yergue sobre el altozano del huerto? Pues cuando esta noche, gota a gota, caigan las doce, albergarán estos contornos una doncella menos y un varón más. (Sí, es así). Y es tan miserable la estancia y tan vergonzosa la doncella, que yo me acordé de tí, clavel que enciendes los pechos. Vamos, vente. ¿Quieres que tu luz

sea no sólo sensitiva, sino también compasiva?...—Y el clavel alegaba su designio: donde el amor concluye, él no llega. Y echó una mirada al huerto del guindo envidioso. Y él, ante las súplicas, sintióse rey; y como rey, fanático, no creía en la muerte; creía en lo que alguien llamó segunda vida, en la inmortalidad, en la historia. Y la mano invisible, armada de flaquezas, enojo y venganza, tronchó la esbelta cintura del clavel. Llamólo hacia sí; se trajo la planta entera, tierra y raíces (tan grande es el cariño que las flores profesan a sus madres, las plantas). Y desde entonces, todos los días bebe en la aceña del molino un lucero menos pálido, más rojo. Los claveles y las guindas le miran con respeto. Se miran, Dios sabe; a lo mejor piensan... Las mariposas describen—escriben—blancas admiraciones en el aire azul con las blancas velas de sus alas. La mayor parte de los días muere alguna. Se equivocan. Confunden con cualquier llama roja la luz de aquellos claveles que, por pecar, desaparecieron. Mas la última comprendió de muy curiosa manera la endeblez de sus alas. No se anduvo con rodeos. Echóse a volar desesperadamente, loca de amor, loca de imaginación, cargada de globos multicolores, hinchados con el aire de la fantasía. Por zenit las íntimas pasiones. Por rumbo el lucero, la ignorancia... Y venga volar... Ya iban resultando demasiado pequeñas las flores; semejaban lunares

diminutos en la cara compuesta del jardín. ojos pensativos, en blanco, estrellas. En la melena de un sauce temblaron mil fibras, mil almas inquietas, mil espadas flexibles... Y a la mariposa se le escaparon los globos... ¡Había subido tan lejos!... Oscilaba mucho. Notó cansancio, agotamiento, ansias de todo, desdeñosos infinitos. Deseando la paz se desvanecía... Y fué a clavarse en la copa plateada de un tilo. Pero el tilo estaba nervioso. La brisa escitaba sus reflejos y tornasoles... Y, a las pocas horas, allá en el jardín, sí, allí abajo, en la tierra, un polvillo blanquecino, manchado de sangre, clave y clavo de la vida, recrudecía las nostalgias de un atardecer lento y frío, muy frío...

El sol forma lagunas... Bronce y plata.

Arriban nuevos caminantes a la venta, campanario de la vida, catedral gótica. Campanario sin campanero, muy modesto, tan pobre, que el viajero caritativo, con los ojos, le dá limosnas. Un fin que no es el fin. Algo de lo que hablaron Rinconete y Cortadillo en aquel lugar de Alcudia, cuando uno a otro se dijeron: «Este no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante»... Y seguir. Que nos despierten esquilas peregrinas, aves de paso, con plumas de cristal. Que nos adormezcan relatos de ensueño, siglos y fe... Mientras las letras, al buscar la moraleja de la vida, encuentran su canción: Ventura y aventura...

Una pulsera roja...

(Apunte novelesco)

por Eduardo Guerrero Oyonarte

Se llamaba Julio.

Por ironía del destino en Julio fué su historia—historia de una vida en un mes.—Quizás por casualidad conoció en una playa, la mujer de nuestro relato; era alta, rubia, sus ojos, como el mar y el cielo se besan, besaban su alma. Exteriormente parecía algo sobrehumano o el summum de lo humano, algo que escapa a los sentidos que pueden apreciar el valor de la belleza.

Con un atrevido traje playero, entregada a la brisa su suelta melena dorada, saltando y gozando con infantil alegría acudió al grupo de amigos:

—Julio, el nuevo huesped.

—Isabel, la alegría de todos...

Quedó azorado un momento, sus labios no se abrían, pero sobreponiéndose a su emoción habló:

—La misma. Sí, la misma. En la escuela, cuando sus compañeros jugaban con la inocencia de la in-

fancia, él con la inocencia de la juventud se forjó una mujer, una mujer que le quisiera como su madre, que le adorase como ella; y en su imaginación exquisita nació ella. Y era ésta.

Un ligero mohín de indiferencia cortó de momento sus ideas.

Pretexando cualquier cosa se separó del bullicioso rincón y pensó. Pensó toda la noche.

La impresión producida no desaparecía de su mente; intentó comprender la casualidad pero fué en vano.

Al día siguiente despertó con alegría y nerviosismo extraordinarios; quería verla enseguida, quería hablarle, quería decírsela—como a él le decían la luz, los árboles, toda la naturaleza que le rodeaba—que vivía para ella, pero...

En tanto, Isabel, en el magnífico retiro estival de sus tíos, dormía encogida, felina, deliciosa...

Ni por un momento pasó por su imaginación que aquél pobre diablo que había conocido la tarde anterior, se atreviera a quererla. ¡Con su aspecto!

Pasaron los días. Julio procuraba de todas formas contemplar su ilusión. Era feliz enfrente de ella, quería con solo verla, no se hubiera atrevido a besarla porque no se enojase; y más feliz todavía cuando en un rasgo de caridad—coquetería—ella le clavaba sus dulces ojos.

Acaso un día se atrevió a insinuarse. Ella indiferente contestó con una vaguedad.

Cuando a duras penas conseguía llevar la conversación al punto objeto de sus miras, una carcajada, efecto de la frase de algún chistoso acompañante cortaba su ilusión.

Por casualidad descubren que es un espléndido nadador (única aptitud que encajaba en las preferencias de Isabel). Y él que creía únicamente en aquella mujer que adoraba todo lo banal, todo lo nefastamente «bien» creyó ver en su aptitud, adquirida cuando en su pueblo, con los chicos acudía a bañarse al río, que le arrojaban monedas al fondo arenoso y sucio para que él con extraordinaria habilidad se apoderase de ellas. Ahora obedeciendo ciegamente los ruegos de todos y ofreciéndose a ella, recordaba con placer exquisito sus proezas que en realidad, lo que producían entre los presentes, eran crueles sonrisas de compasión y en Isabel una sensación de gracia por la ridiculez de las posturas que adoptaba al salir del fondo, adonde acudía, ansioso de agradar, con solo un ruego, con solo una iniciación de su capricho.

Era rarísima esta sumisión en Julio. En el trato constante con sus amigos, si pecaba de algo era de altanería, y no debida al concepto que de sí mismo tuviera, sino a la posición que moralmente ocupaba entre los que le rodeaban. Y siempre triunfaba en su proceder.

Y ansioso de amor, necesitando inconscientemente, ese ardor de juventud que el tantas veces soñó; soñó en Isabel.

En Isabel, por esa relación que se pretende vislumbrar entre el cuerpo y el alma, pues era francamente bella y bello juzgó el que debía ser su espíritu. Y así lo creía.

Y en una ocasión, cuando ruidoso y manso el mar acariciaba con suaves lamidos las rocas de un paraje próximo a la playa, en donde el sol triunfante del mediodía quebraba sus rayos, en pugna constante con su amigo el mar, Isabel dejó caer impensadamente una pulsera que sus labios acariciaban, que era roja como su boca, y que acaso por huir ruborosa y azorada por tanta dicha quiso esconderse entre el agua azul para así entonar una melodía en colores que tiñese de chillón el sordo rumor del agua.

Como otras veces habían hecho a título de pasatiempo, Julio ahora se arrojó entre las piedras y el agua a buscar el escondite precioso donde debía estar la pulsera roja.

Buscó en primer intento que re-

sultó infructuoso. Y al salir a respirar observó que todos seguían con especial interés sus movimientos, pues debido a la claridad del agua, se precisaban perfectamente.

Se arrojó por segunda vez, y haciendo alarde de su extraordinaria aptitud, permanecía bajo el agua, de un lado para otro, con la avidez de un bruto hambriento buscando comida.

Las olas, caminando, se llevaban los reflejos grana de la pulsera, con tintes de pasión en el horizonte violeta, llanura extensa. Como si en la cara pálida, clara, de una piedra aguamarina se entreviese un rubí sensualista y rubeniano. El, andando, andando con los brazos—que así se anda en el mar, — marchaba ilusionado, tejiendo amor. Y la muerte sació su último apetito.

Una sábana de espuma cubriría de momento su último lecho.

El sol desde arriba; desde abajo la pulsera; reflejos, caballeros en las aguas, allí quedaron...

De la España gloriosa

Diego Muñoz Torrero, el sacerdote extremeño, orador sublime, alma de las Cortes de Cádiz y mártir que dió su vida en holocausto a sus ideas liberales

por José Ibarrola

Es el memorable 24 de Septiembre de 1810: España pasa por la situación más angustiosa y desesperada de su historia: las tropas napoleónicas han invadido total-

mente nuestra patria amadísima: Fernando VII está cautivo en Francia; los españoles ilustres Francisco de Saavedra, Javier de Castaños, Miguel de Lardizabal y el

señor Obispo de Orense que nuestra nación gobiernan declinan y entregan sus poderes a los diputados, que por estar España totalmente invadida, están reunidos en la Isla de León.

Las Cortes, las inmortales llamadas Cortes de Cádiz quedan enteradas de la comunicación de declinación y entrega de poderes que se lee después de haber elegido presidente a don Ramón Lázarro Bassoli y secretario a don Evaristo Pérez de Castro.

En aquel preciso e histórico momento, once de la mañana del 24 de Septiembre de 1810 después de habersele concedido la palabra, se dirige a la tribuna cuyos peldaños sube con paso mesurado, un sacerdote: es don Diego Muñoz Torrero, nació en Cabeza del Buey el año 1761: ha sido rector de la famosísima Universidad de Salamanca.

Un cuarto de hora habló: al terminar su discurso elocuentísimo el siglo XVIII había concluído: en España se había realizado una radical y completa transformación: se oyó lo que nunca se había oído: Muñoz Torrero, mantuvo tesis que sorprendieron y asombraron, que la soberanía reside en la Nación; que representaban a ésta aquellas Cortes generales: que el rey de España, pero, para serlo no absoluto sino constitucionalmente, era Fernando VII; que la abdicación que había hecho en Bayona en favor de Napoleón era nula; que los poderes separados y únicos

eran tres (legislativo, ejecutivo y judicial); que los que ejercieran el ejecutivo en ausencia de Fernando VII serían responsables de todos sus actos ante la Nación.

Después de este discurso, el extremeño gloriosísimo pronunció otros: fué el alma de la Constitución inmortal primera de España; fué la voz inicial de nuestras glorias parlamentarias, la voz ardorosa defensora de las ideas liberalísimas que en la Constitución se plasmaron; le corresponde la gloria privilegiada y excelsa de ser su voz la primera que a la libertad rindió tributo.

Sacerdote virtuosísimo, orador sublime, culto, erudito de talento privilegiado; de su cuerpo y de su espíritu don Rafael Comenge en su libro voluminoso «Antología de de las Cortes de Cádiz» hace el siguiente retrato:

Tenía el rostro agraciado, severo y grave; la frente ancha, abovedada, el continente modesto, los ojos grandes, azules, rasgados, la mirada dulce, fija, serena; su frente parecía no poder contener las ideas que llenaban su cerebro; la nariz recta indicaba la firmeza, la boca de corte griego tenía un pliegue indescriptible de suprema bondad.

Fué hombre de conocimientos vastísimos: humilde, liberal, piadoso, firme, caballero cristiano, bondadoso sin llegar a la debilidad, en sus costumbres rígido como quien hace de su ministerio sacerdocio.

Además, además, y esto vale más que todo lo anterior sumado: fué martir; por las ideas liberales dió su vida.

En el año de 1814, Fernando VII el que en las Cortes fué porque Muñoz Torrero lo pidió rey de España proclamado, decretó su prisión y por liberal fué encerrado en inmundo calabozo en el Monasterio de Erbón (Galicia); cuando pasados seis años al gobernar Fernando VII como rey constitucional, salió de la prisión, volvió a las Cortes y presidió la comisión permanente de ellas; la ola reaccionaria de 1825 le obliga a refugiarse en Portugal; allí lo persiguió el encono de Fernando VII otra vez rey absoluto, logrando se le encarcelara; de todos abandonado sufrió en la prisión toda clase de injurias y malos tratamientos: el 3 de Marzo de 1829, cuando contaba 68 años murió.

Antes de expirar, ¡cómo mi pluma tiembla de indignación al escribirlo!, agonizante, moribundo le arrastraron por los pies bajando de este modo larga escalera, cuyos peldaños fué golpeando la venerable y augusta cabeza blanca del anciano que moría; al llegar al patio exhaló el suspiro postrero.

Hasta 1864 sus despojos mortales estuvieron enterrados en el cementerio de Oeiras, pueblecito a tres leguas de Lisboa; Cortes liberales acordaron traer sus restos a España: el día 5 de Mayo de 1864 el cortejo funebre atravesó las calles de Madrid; presidieron el duelo Prim, Sagasta, Ruíz Zorrilla, Rodríguez Leal, Muñoz Vega, Laureano Figuerola; su cuerpo fué sepultado en el mausoleo del cementerio de San Nicolás, al lado de Olózaga, Calotrava y Mendizabal.

Cáceres dió su nombre a una plaza y debía erigirle una estatua.

Aguafuerte

El siglo XVIII, manojó de perlas barrocas, por gracia de portugueses y esencia de italianos, conlleva el peso y el paso de sus días, venera los prietos pechos de sus mujeres—como si quisieran lucir intimidades ampliando el vuelo de sus vestidos—y admira las normas nuevas del «Emilio»..... En tanto el pobre clásico, viejo y purpúreo, aguanta quietecito y sereno la nieve fría y blanca-aguamiento, ventis-

por José Crujillo Peña

ca—con que la Naturaleza—quizá la Geometría—borda la columna griega, la planta romana, aquel son sencillo y grandioso; son de lira y de arpa; sol austero y olimpico que cualquier mañana al explotar en rayos, besa una Necrópolis—mármol: nieve helada a cálidas temperaturas atenienses—; besa y reza las plegarias de su historia...

El sol es el mismo; que por nada

se despinta. El son... No; el son, no: voluble y caprichoso, ha ido retorciéndose. soñó elocuencia, filosofía, flagímeras ondulaciones, contraltos de violín atrevido, gritos populares, luchas, hasta que un día empieza a escribirse Revolución con mayúscula.

Principian, pues, las líneas del dibujo. Amarillo el papel, sucio, y carcomido por tantas cuantas aristas tiene. Roma, en letra cursiva, hacia el mismo límite de una esquina, como queriéndose salir de aquel marco; aún no lo ha conseguido; pero confían que la raptan alguna vez las dentelladas lentas de ciertos animalillos, carne de los cadáveres intelectuales. Con toda su altura, pese a quien pese, y en primer plano el obelisco de la «Piazza del Pópolo». En su derredor sombras y rayas, quizá algún carruaje, figuras apergaminadas, de movimientos desusados, tipos en los que, al pasar de los años no puede descubrirse un corazón, almas secas, estilo Goldoni, caricaturas en el escenario, inexistentes en la vida.

Y sobre esta escena, a la par gloriosa y grotesca, recuerdos de lecturas que evocan la infancia, una imaginación sobrecogida que se estrella contra lo humano para aprender y para llorar...

Si. Es la Plaza del Pueblo. Antojásele al sentimiento un día gris. Cargadas irían las nubes de pasajes oscuros, oraciones y letras. Los colores del Carnaval precisan una tinta roja, imborrable. Cuando

el hombre cubre su cara se olvida de los ojos ajenos. Siente la crueldad de sus instintos, se cree solo, desligado, y no teme que le flaqueen sus piernas, ni teme tampoco que sus mejillas, donde moran los últimos destellos del niño eterno, al recibir luz arrojen fuego. En lugar de silencio, bullicio y alegría. Voces desfiguradas; bajos fondos de la turba. Mucha gente; sin duda ningún hombre. Al fondo pórticos renacentistas, palacios e iglesias. Mujeres cargadas con sus hijos. Fiesta culmen del Carnaval: la faz helada, el cuerpo hercúleo del verdugo, la muerte fría de dos malhechores, pobres locos tal vez...

Allá en un balcón lujoso, ribeteado de escudos, reflejos de la alcurnia, dos amigos, aún jóvenes, huéspedes entonces de cierto Marqués, altos y bien portados, finos caballeros, calzón corto, cabellera larga, contemplan anhelantes, el tropel y la fiesta. Es día de ello.

Los otros dos amigos, los amigos en el destino, asoman sus rostros inexpresivos a través de una puerta entreabierta. Van besando el crucifijo, estática la mirada, hundidos los ojos, emocionados...

Lo de siempre. Un alguacil que cruza rápido la Plaza. La oficial crudeza de una orden corta, divide las filas de gente. Un pap lito doblado, manos temblorosas: a uno de ellos se le conmuta la pena de muerte; a uno solo. Frios sudores bañan la frente del compañero. Su actitud, de resignada se torna fiera. Habla el Marqués: «¿Sabéis lo

que le hacía morir con resignación?» «El que otro semejante participaba de su angustia»... Y aquí viene también, en forma de eco y contraste el relato de Dumas: el pobre buey que muge de placer cuando sabe que su compañero no morirá.

Pero gracias al tiempo, las tintas del aguafuerte se han corrido. Las lecturas de la infancia, si son ejemplares, si son humanas, envuelven en túnicas negras, las siluetas esbeltas, las caras de márfil de las hadas madrinas. Dos niños con

traje negro y dientes de leche—dientes blancos—van a la escuela, y en el camino se encuentran con la vida. Esta les coge del brazo, y al oído les va diciendo tanta cosa, tanta cosa triste, que uno, mal que le pese, conducido ya por ella, se detiene un instante, medita y con enamoramiento escolástico, empuñando verdades bellas de viejo rango, sencilla y repetida la frase, le dan ganas de rezar y decir: ¡Que así se llame ese ser a quien Dios puso por nombre: HOMBRE!

Mi artículo

No hay cosa más espantosa que una pluma, cuando se trata de acercarla a una cuartilla de papel y complacer a unos amigos que piden un artículo de colaboración en una Revista nueva y por la que se siente un especial cariño, por tratarse de algo en que tienen puestas sus mayores ilusiones unos pocos de muchachos jóvenes, y en la que hasta por el título se revela la diafanidad de sus intenciones. CRISTAL, es y ha de ser eso, algo limpio y transparente y eso quien mejor lo puede hacer es la juventud libre de prejuicios y llena de ambiciones lícitas y por eso los que hemos—circunstanacialmente—dejado de ser jóvenes, no en el tiempo y sí en el espacio, y en los que la Diosa Pereza ha colocado su real trono, sentimos un poco de miedo al coger la plu-

por Tomás Gómez Infante

ma, por estar seguros de faltarnos más de cien y sobrarnos más de mil para poder complacerlos.

Esto de sentirse viejo, puede parecer una pedantería y tal vez lo sea, aunque no tan grande como la de aquél que quiso ingresar en la Cofradía de los Viejos, reunión literaria que daba derecho al título de «querido maestro» y al reprocharse su edad—treinta años—corta para poder ser viejo, alegó que pudiera considerársele como viejo honorario. Claro está que estas situaciones son transitorias, lo malo es que cuando quiera uno sentirse joven de nuevo sea ya tarde y ocurra lo contrario.

Todo esto lo digo porque yo ofrecí a los editores de esta Revista un artículo para el primer número y he querido cumplir lo ofrecido. Pero eso de «no hacer hoy lo

que se pueda hacer mañana» y lo de esperar a tener ganas de escribir, etc., han ido echando sobre ellos y, lo que es más horroroso, sobre mí, el tiempo y ha llegado el momento fatal de la entrega de las cuartillas, y, como es natural, la falta de agilidad que ocasiona el poco ejercicio, determina que yo no pueda entregar a mis amigos lo que en un momento de optimismo ofrecí.

Ahora bien, el optimismo es contagioso y progresivo. A mayores

choques con la realidad, el optimista—y yo lo soy—lejos de sentirse decepcionado, construye una explicación de los hechos y consigue achacar a cualquier circunstancia extraña, lo que no es más que una consecuencia natural de los hechos y continúa abundando en su optimismo. Así yo prometo nuevamente un artículo para el próximo número de la Revista y hago el firme propósito de tomarme un poco de tiempo para pensar sobre lo que voy a escribir.

Mari-Isabela

por Alberto Juliá

Florezilla tan galana
nunca en tu pecho ví puesta
como la que aquella tarde...
zagalilla, ¿no recuerdas?

Los campos dieron el oro
de las espigas esbeltas,
aquel oro que escondía
en sus entrañas la tierra;
y ese oro se hizo pan
entre las manos labriegas,
y cesaron las discordias
y las sangrientas querellas
que sin tino malgastaban
todas las humanas fuerzas:
Por eso en el pueblo había
grato regocijo y fiesta;
porque nacía la paz
y acabábase la guerra,
porque palabras de amor
sonaban, y no de ofensa,
zagalilla, ¿no recuerdas?

Ya bajan de las montañas
y de las quebradas sierras

zagalones que en pellicas
esconden robustas piernas,
torpes para andar por llanos,
libres pata andar por peñas.

Hoy no guardarán las cabras
ni las merinas ovejas,
ni tirarán con la honda
las bien dirigidas piedras
que de rezagadas vacas
contra los cuernos se estrellan.

Hoy los viejos mayores
en las alturas se quedan,
que no hay lugar para ellos
entre la gente soltera,
y han de velar porque el lobo
no haga en los corderos presa,
pues las heridas que abre
difícilmente se cierran.

Bajando van los pastores
y vaqueros a la aldea
gayos colores luciendo
sobre sus ropas más nuevas,

ropas que en los cofres guardan
para lucir en las ferias:
mas hoy el día requiere
que, ya que no en ricas sedas,
untuosas pieles se cambien,
se vistan más ricas prendas,
pues las zagalas más lindas
a los zagales esperan
floridas sayas vistiendo
que así las hace más bellas;
con soberbias arracadas
prendidas en las orejas,
tan soberbias que, si a peso
bien valen por lo que pesan,
amén de ser oro limpio
el oro de que están hechas
y del que arrancó el orfebre
una por una mil hebras,
con las que bordar después
una dorada leyenda.

También el oro acaricia
en gargantillas espesas
la blanca o morena carne
de las lindas zagalejas,
y arillos que son de plata
alegres repiquetean
cuando trenzan las mocitas
al son de las castañuelas.

Amplio lugar es la plaza,
más hoy parece pequeña
porque mujeres y hombres
todos los rincones llenan,
y aquellos que rezagados
quedáronse en las tabernas
hiciéranlo, no por vicio,
sino por ahogar las penas
en el exquisito caldo
que se cuece en las bodegas.

Y si aún no fuera bastante
lo que aquella plaza alberga,
colmáranla los muchachos

que hoy no fueron a la escuela;
que por todas partes brincan,
que saltan por dondequiera,
sin que amenazas ni golpes
los detenga en su carrera.

¿De qué vale que el buen cura,
que ahora sale de la iglesia,
para quien un gesto es todo
con un gesto los reprenda?

Hoy los rapaces son libres
como el pájaro en las selvas,
como el terrible pirata
que por todo el mar navega,
como las flores que crecen
en las templadas riberas
y al viento aromas le dan
que el viento consigo lleva.

Sí; son libres los rapaces
y por todas partes vuelan,
que aunque las alas les falte,
volando van sobre piernas,
manteniéndose en el aire
por más tiempo que en la arena
y forzando las gargantas
en vocinglera pelea.

¡La plaza!...

¡Hoy sí que está maja y bella!,
maja, por los mil adornos
que de sus balcones cuelgan,
bella, porque las zagalas
lucen su figura esbelta
en un revolar de sayas
de sensuales cadencias;
bella, porque cada una
al pecho lleva sujeta
tan galana florecilla
que hoy la plaza ser pudiera
un jardín de hermosas flores
que a otras flores gracias prestan.

¡La plaza!...

¡Hoy sí que está maja y bella!,
maja, por los mil colores

que al beso del sol se incendian;
bella, porque entre sus muros
están las garridas hembras
que engarzan entre los labios
como delicada ofrenda,
una escala triunfante
de risas cascabeleras.
Así tú también reías,
zagalilla, ¿no recuerdas?

Ya los destellos del sol
poco a poco pierden fuerza,
y con un temblor de luces
tímido asoma una estrella
que coronará del pueblo
la grata y profana fiesta.

Y es la hora del silencio
la que en las alturas suena,
pero hoy las seis campanadas
a las montañas se alejan,
que las flores que prendidas
las lindas zagalas llevan
han de ser por los zagales
tomadas sin violencia
y ofrecidas tras el baile
como una dulce promesa.

Por eso el rumor se pierde
de la hora mansa y quieta,
y allá, olvidado en las sombras,
del mismo templo a la puerda,
con un gesto de otro mundo
sólo el sacerdote reza.

Ahora es preciso chocar
con habilidad y fuerza
castañuelas y palillos
para dar la última vuelta,
pues ya las zagalas dieron
la flor que llevaban puesta
a aquéllos que enamorados
en busca fueron de ella;
zagalilla, ¿no recuerdas?

Sí; tal vez llegaste a pensar
en dar la flor ser primera
al recordar al zagal
que un día grabó en tu reja
lo que por decirte ansiaba:
¡te quiero, Mari-Isabela!
Pero tú estás triste ahora
porque tu zagal no llega;
porque ya el azul del cielo
se tiñe de violeta
y las sombras de la tarde
se van haciendo más densas;
porque en la memoria tienes
lo que te dijo por letras:
«Mari-Isabela, si faltó,
la flor que para mí tengas
despréndetela del pecho
y llévasela a mi vieja
y sus lágrimas recoge
si es que lágrimas le quedan.

Y de tus ojos tan bellos
no dejes que broten perlas,
porque ninguno las robe
al amparo de mi ausencia».

Esto es lo que supo un día
la gentil Mari-Isabela.
¡Por eso está triste ahora
cuando dan la última vuelta!
¡Por eso a la flor envuelve
en su infinita tristeza!

Zagalilla: aquella tarde...
Sí; yo sé que lo recuerdas;
cuando las luces se iban
sepultando entre las crestas
de las agudas montañas,
y el son de las castañuelas
sólo fué un eco perdido
que chocó de piedra en piedra,
alguien dejó entre tus manos
el sollozo de esta esquila:

«Estoy sólo. No; conmigo

hay un Cristo de madera
que desde su cruz me envía
un soplo de fortaleza,
para que yo pueda hablarte,
para que tú de mí sepas,
pues que no es como otros hombres
que escribirte no me dejan.

Estos sé que de mi vida
las horas que faltan cuentan,
y no saben que minutos
sólo a mi vida le quedan...

¡No llores, que me haces daño,
no llores, Mari-Isabela!
¡La paz!... tiene un nombre dulce
que ya para mí no suena:
su nombre se hace jirones
entre las manos sangrientas
de los hombres que se matan

en torpes y vanas guerras.
¡Yo lo he visto con mis ojos,
lo he visto, Mari-Isabela!
Yo también fui como ellos.
¡Perdóname antes que muera!»

Esto decía la carta,
zagalilla, ¿no recuerdas?,
cuando apenas si la noche
cerró el rumor de la fiesta
que con júbilo cantaba
la paz de tu humilde aldea.

Y fué entonces cuando el alma
puso en tu boca una queja,
y tus lágrimas salieron
cargadas de tanta pena,
que aquella flor tan galana
en tu pecho quedó muerta.

Alegría perdida

por a. t. e.

Estas ansias que mi alma torturan
son las ansias de saberte perdida,
de buscarte, buscando mi vida,
y perderme.

Son las ansias de llorar y no verte,
son las ansias de reír y no oírte,
son las ansias de rezar y sentirme
con frío de muerte.

Y son las postreras palabras que tu pronunciaste,
que ruedan en medio de miles de instantes
poniendo en su idea, gloriosa en pasado,
una gota triste...

Y un confuso tropel de recuerdos
de muchos colores—momentos vividos—
que guardo en mi pecho, postrado y temido,
mojado en dolores.

Atardecer grana

por Federico Reaño Osuna

La tarde ya va cayendo...
El sol camina al ocaso.

Un cielo de encaje y seda
con algunos tules blancos,
contempla como el balón
del sol, se va desinflando.

El sol, de las altas sierras
en los agudos picachos,
con cristales de las nieves
se ha herido... Va desangrando.
Su sangre caliente y roja
va tiñendo el verde campo.
(Ahora la verde esmeralda
es un diamante encarnado).
El arroyo caudaloso
antes cristalino y claro,

al teñirse con la púrpura,
queda todo empurpurado.
A unas azucenas blancas
se les ha subido el pavo.
El tronco de un verde pino
aparece ensangrentado.
Oropéndola de fuego,
se ha vuelto un palomo blanco.

Al ir muriendo la tarde
dejan de cantar los pájaros.
Tañe rítmico se guzla
un melancólico sapo.

.....
El sol, exhaustas las fuerzas,
(¡como se está desangrando!)
camina con paso lento
a dormir a su palacio.

“La taberna de los 3 reyes”, de José Carlos de Luna

Editorial Cenit, 2.^a edición

por X. Y. Z.

Cuando se lee por tercera vez un libro, o bien se comienza a pensar en su autor, o bien se olvida uno totalmente de él. No es paradoja ni contrasentido. Suceda lo que quiera, en ambos casos, hay un innegable acuse de personalidad. Además, esto va en armonía con el carácter, incluso con la raza. Dícese de los griegos—y valga el ejemplo—que les faltó en absoluto el sentido de lo personal, careciendo por ello de autorretrato y autobiografía.

Los españoles, dígame lo que se diga, en tales artes o géneros, tampoco rayaron a tan insospechada altura cual en otros. Y la cosa pudiera ser explicada. Púlanse un poco las superficialidades. Olvidemos los prejuicios. Y así, fácil fuera llegar a la conclusión de que el tipo puro de nuestra raza, más que su persona—entiéndase personalidad—más, que su vida—entiéndase vida ejemplar, instructiva o simplemente interesante—, lo que verda-

deramente ama es ese mundo íntimo y sugestivo que en torno a uno se desenvuelve: «lo suyo». ¡Oh, lo suyo! Aquella casita sencilla, sola, sin otra que le haga sombra, con tres árboles muy altos para que le den custodia en mitad del campo grande, grande... Esos hijos que se duermen antes de cenar, sentados a la mesa, soñando cuentos, pasando miedo, en tanto se consume y encoge en el brasero antañón la mondura de una manzana que bien se cuidó la abuela de recogerla y recortarla larga y acaracolada... Aquel viejecito, pobre y andrajoso, con su hatillo a cuestas, que viste la deslucida guerrera de un militar, y a la salida de misa se quita el sombrero y nos tiende una mano malparada y parálitica de tanto esperar, de tanto disgusto como día tras día se lleva...

Y traemos a colación lo antedicho, sencillamente, porque «La taberna de los 3 Reyes» es un libro en el que su autor siente «lo suyo». Lo siente y lo hace sentir. He aquí, a nuestro entender, su mérito principalísimo. Le sucede a José Carlos de Luna que ese mundillo íntimo, sugestivo, que nos circunda es en él muy amplio, o por mejor decir, muy grande y muy hondo. Pero nunca se desliga de él. Siempre lo ve desde dentro. Sólo en dos poesías—en la prime-

«¡Qué pobres hombres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos, y cuya única ambición es ocupar la silla más visible de la mesa!»

ra y en la última—marco de oro de un óleo realista, se notan frases de «espectador enamorado». En la una, llora; en la otra, respetuoso, cargado de esencias castizas, dijérase que se postra de rodillas ante el altar de su inspiración. De aquí que en todas las páginas de la obra se sienta la sombra de un corazón que late fuera de su pecho, y ora presta vida a la casita recompuesta y galana—como en «El Ventorrillo de «El Nano»,—ora absorbe sangre fresca y flores silvestres de filosofía, como ocurre en la que titula «El sino».

Pero no es sólo esto. José Carlos de Luna nos enseña a sentir. A veces, galopando en corto—para resumir con frase suya el lema de sus versos—va y se detiene. ¡Cómo se recrea! Insiste, medita, repite y nosotros, entonces, descubrimos la imagen bien marcada de aquel que con la energía de la forma dió alientos al perfil envolvente y difuso que, como un manto de púrpura, brillante al sol, plegable a los aires, cubre y descubre, recama y muestra esa especie de piedra filosofal—vanidad de la Edad Media, pecado de Raimundo Lulio;—ilusión antaño, hoy posible evidencia, interpretando las cosas con el criterio amplio y bueno de Campoamor o con el contrasentido peculiar de verdades y mentiras, juego de palabras, mutación de ideas, que ofrecen los juicios fáciles y hondos de Oscar Wilde.

Y eso que llamamos especie de piedra filosofal, esa magia andalu-

za que venera el sino y las supersticiones, va dando chispazos. Exista o no, en la época que corre, poco o nada debe importarnos. Todos llevamos en la imaginación una piedra preciosa o un metal dorado; puede, sin embargo, que nunca amanezca y jamás brille. Lo cierto es que hay un bajo fondo preñado de sentimientos, arraigado en la tierra y en el mar; bajo fondo que aquí le saca a flote un barquito de vela—Barquito de vela, ¿adónde vás?—, y allí le contenta con sus canciones, muy calientes y muy frías, ese muchacho que manda en su yegua y en su trillo, barco loco, barco desmandado, que da vueltas y vueltas en un mar de sol..., el mismo que dos horas antes naciera «harto de carne y de vino».

Bien se ve que José Carlos de Luna está acostumbrado a unas caricias muy fuertes; de esas que casi hacen sangre. Y está hecho también a unas caricias muy tímidas, muy sensibles; de esas que casi esculpen lágrimas. Ha visto una vieja, «toda arrugadita», que le ha enseñado una chapa marfileña—«miniatura que a Reverte retratará»—. Ha sentido la agonía de muchas gitanas, el dejo flamenco de un cura castizo, muy casto, muy niño. Habrá advertido también, allá en su campo, «todo color cenizoso», cómo la tierra, tan maternal, tan cariñosa, da su pecho robusto a tanto grano de trigo... Entonces, de improviso, como quien lava y canta, reza y pide, pasa el poeta... Le

ofrecen maquila para su molino; pero él, buen catador, sibarita si fuera menester, abre los ojos, toma un puñado de fruto; lo mira, lo palpa. Con seguridad bíblica ve que es bueno, sano y soleado. No lo cierne ni lo muele. Tal como está, recién salido de su cuna verdosa y pajiza, despidiendo encendido cariño de madre—allí por la gracia de Dios todo es salud y suerte—, así mismo nos muestra su bonanza, su paz, sus penas, de cuando en cuando su propia alma, el tesoro inconfesable tejido con fibras de apariencia y resignación, o el secreto, a la par triste y alegre, bueno por un lado, malo por el otro, que atesora el tipo popular, sin oficio ni beneficio, gitano para no trabajar, andaluz para sentir la patria y la tierra...

Entretanto, la guitarra, «pide cante y pide vino»...

Que no se entristezca el poeta. Llore, si quiere:

«¡Ay, qué poquitos vamos queando!»

Pero viva tranquilo, porque la poesía es cementerio y cielo de tradiciones. Y cuando la hora de la muerte sea con nosotros llevémosla prendida y aprendida, para morir en paz, como moriría Solón si al fin retuvo en su memoria los versos de la Safo...

.....

«Los otros placeres no son de todos los tiempos, ni todas las edades, ni de todos los lugares; pero las letras sirven de alimento al adolescente y de distracción al anciano»

Vida literaria y artística

La Enciclopedia Columbus

por Ángel Dotor

La aportación entusiasta al avance lexicográfico, por parte de autores y editores, que en todos los países manifestóse hace ya tiempo, ofrécese ahora en España en pleno vigor. Y es de aplaudir tanto o más que la propia labor de la Academia ese tributo particular de entidades y escritores que, convencidos del alto valor cultural de los diccionarios de carácter enciclopédico, dánse a la creación de éstos, de día en día mejor hechos y más apropiados para llegar al gran público.

«La Enciclopedia Columbus»: he aquí una magnífica creación de esa clase, que ha logrado, recientemente, la atención de las autoridades en la materia y cuya difusión constituye al presente el mejor encomio que de la misma pudiera hacerse. La casa «El Hogar y la Moda», que la edita, ha sumado a sus felices iniciativas culturales, mediante la publicación de colecciones de libros y revistas admirables, ésta de ofrecer un diccionario enciclopédico que es de los más apropiados que existen hoy día para todo linaje de lectores.

En alguna ocasión nos referimos a dicha obra. Hoy lo hacemos a propósito de la nueva modalidad que la misma nos ofrece con la edición de la llamada «Pequeña Enciclopedia Columbus», que acaba de salir de las prensas. Trátase de la síntesis de los cinco grandes to-

mos de que consta la obra, en uno solo, de mil setecientas páginas, como constitutivo así de excelente resumen de todo aquel contenido, que se puede tener en la mano con un coste verdaderamente asequible a todos. Redactada bajo la dirección del profesor y publicista don Lorenzo Conde, la «Pequeña Enciclopedia Columbus» es modelo de claridad y detalle, estando expuesta las materias de manera que su consulta pueda resolver todas las dudas que sobre cualquier materia se ofrezcan en un momento dado. No escapan a su contenido todas las palabras, giros, locuciones, frases adverbiales, etc., así como tampoco los provincianismos, americanismos, sinónimos y demás. Comprende biografías, inventos, descubrimientos y cuanto puede interesar al lector. El volumen contiene dos millones de palabras, con unos cien mil artículos y más de doscientas mil acepciones, estando su parte gráfica constituida por dos mil cien grabados y un centenar de láminas y mapas en huecograbado y colores, algunos de ellos al tamaño de doble página.

—

La misma casa editorial acaba de lanzar otras dos obras de índole práctica, sumamente interesan-

tes: Las tituladas «Mil ideas para las madres» y «Almanaque de la madre de familia para 1936».

«Mil ideas para las madres» ha sido escrita originariamente por Helen Jackson Millar, firmando la versión española, revisada y ampliada, don Luis María Folch, director del Instituto Psicopático «Torremar». Moderno y original manual de consulta, de gran utilidad para la educación de la infancia, en el que se exponen ingeniosas ideas para facilitar los deberes maternales, ofrece, cual verdadera guía, la solución a los múltiples problemas que se presentan en la crianza y preparación de los hijos.

Sus veintidos capítulos son a cual más importantes, dada la claridad y agudeza conceptual de todos y cada uno de ellos.

«El Almanaque de la madre de familia, obra que anualmente dirige la doctora Fanny, ofrece, como los volúmenes publicados precedentemente, un conjunto de secciones a cual más atrayentes, de texto nutrido y ameno y muchas ilustraciones. A más de las doce labores, las doce charlas del Doctor y los doce consejos útiles, publica un almanaque miniatura para los niños, un cultivo floral para cada mes, el argumento e ilustraciones de una película, refranes, caricaturas, etc.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. domiciliado en
 provincia de calle
 núm. piso; desea suscribirse
 a la Revista **Cristal** por un trimestre, semestre, año, (1) el importe de
 cuya suscripción abonaré por Giro Postal a la siguiente dirección: Se-
 ñor Administrador de **Cristal**, D. Eduardo Guerrero; Margallo, núme-
 ro 52,-2.º, Cáceres.
 a de de 1935
 (Firma)

(1) Táchese lo que no interese.

Precios de suscripción: En Cáceres: una peseta mes. Provincia: 3'50 pesetas trimestre, 7 pesetas semestre y 14 pesetas año.

Los pagos son adelantados. - Publicación quincenal

Unión Española de Explosivos

Superfosfatos · Abonos compuestos · Prime-

— ras materias · Insecticidas «GEINCO» —

Representante Provincial: Manuel Requejo Orejas

■ **CACERES** ■

Apartado, núm. 29

Teléfono, núm. 445

MARMOLES Y PIEDRAS DE TODAS CLASES

Manuel Nieto Martín ●

● Concepción, n.º 1.-Telf. n.º 318

TALLERES: Nueva, número 1

CACERES

ABRIGOS, JERSEYS, LANAS Y TODO

● ● LO DE TEMPORADA ● ●

Casa MENDIETA

P. Iglesias, 1 == Teléfono 244

El Mercantil

Café-Bar-Restaurant

Edmundo Cordero

PLAZA DE SAN JUAN

● **CACERES**

PRUEBE LOS CAFES

TOSTADOS DIARIAMENTE POR LA

Casa Jabato

FERRETERIA
COLONIALES



Teléfono 179
CACERES

Casa "Peña"

CALZADOS SELECTOS

Juan Agúndez Rodríguez

Fábrica modelo de Géneros de Punto

Gran Establecimiento de Coloniales

Batería de Cocina

Paquetería - Sandalias

Almacén de Alpargatas

Ezponda, 7

CACERES

Teléfono 324

IMPRENTA "LA MINERVA"

Castor Moreno

Plaza Mayor, 41

Teléfono 111

Miguel Serrano Amores

TEJIDOS, PAQUETERIA Y GENEROS DE PUNTO

Esta Casa presenta un gran surtido en todos los artículos de pieza para la actual temporada.

También trabaja con extensión Abrigos, Gerseys, Chaquetas, Albornoces, Camisas, Chalecos, Pellizas y Gabanes de todas clases.

Visítela y encontrará muchísimos artículos imposible de enumerar a precios que no admiten competencia

Plaza Mayor, núm. 9

Cáceres

Teléfono 328

Cervecería El Sanatorio



Felipe Holgado

MARISCOS, FIAMBRES

Cerveza El Aguila en Bocks

Paneras, 1 y 3 Teléfono 204 Cáceres

Ernesto G. Cienfuegos

Representante en Extremadura de la Sociedad Hullera Española

Sirve a domicilio

Carbones Minerales procedentes de

Minas de Aller (Ujo) Asturias

Antracitas de Ponferrada

Oficinas: Canalejas, 55 Teléfono 469

Almacenes: Afueras de Carrasco Teléfono 333

CÁCERES



"La Estrella" Sociedad Anónima de Seguros

Domicilio social: MADRID

Capital: 7.000.000 de pesetas

**Seguros de Vida, Incendios, Marítimos,
Accidentes, Robo y Tumulto**

Subdirector en esta provincia: D. Francisco B. de Quirós

Plaza Mayor-Arco de la Estrella, n.º 2.-Cáceres

AUTOMOVILES DE ALQUILER

DE

Aurelio Sánchez Prieto

Canterías, 15 — Cáceres — Teléfono 330

S. A. MIRAT

OMNIBUS CACERES-TRUJILLO-MADRID

Salida: Lunes, Miércoles y Viernes, 7 mañana

Oficinas: Margallo, 56

CACERES

CAFE → GERVECERIA

La mejor Cerveza
en Bocks El Águila

RIQUISIMO CAFE EXPRES

CASA CASTAÑO

Mariscos y Fiambres

Moret, 7.-Teléfono 197

● CACERES

C A S T E L

Farmacia y Droguería

G A D O L C A S T E L

GADOL es preparado en inyección hipodérmica completamente indoloras.

GADOL indicadísimo en casos de **DEBILIDAD Y MANIFESTACIONES ESCROFULOSAS DE LA NIÑEZ.**

GADOL solución oleosa de ester estílico de morrhuato al 4 por 100.

GADOL aumento de poder lipásico disolvente de la cubierta bacilar, formadas por grasas y productos lipoides.

GADOL es rápidamente asimilado, sin producir trastornos.

GADOL utilísimo en las fístulas de ano, tuberculides de la piel, tuberculosis de los huesos y articulaciones.

GADOL indispensable en las supuraciones ganglionares e infartos.

GADOL con su uso, TRIUNFA el organismo en la lucha contra la tuberculosis.

GADOL antes de ser inyectado en los climas fríos, debe calentarse ligeramente la ampolla.

Colegio-Residencia «Sadel» de San Antonio

1.^a y 2.^a Enseñanza bajo la dirección pedagógica y moral de los PP. Franciscanos

Edificio de nueva planta con magnífico internado expresamente construido para Colegio.—El mejor de Cáceres y el que mayores éxitos ha obtenido en el Instituto.—Numeroso profesorado bajo la dirección técnica de D. Juan Castellano Vinuesa, Licenciado en Ciencias y D. Antonio Silva Alcántara, Médico y Licenciado en Ciencias.

ADMITE ALUMNOS PARA TODOS LOS CURSOS DEL BACHILLERATO,
COMO OFICIALES DEL INSTITUTO.

NOTA.—Este Colegio, que desde hace 14 años llevaba el nombre de San Antonio y que en los dos Cursos pasados se llamó «Sadel» de Ayala, vuelve a ostentar su nombre primero a petición de sus numerosos alumnos y personas entusiastas del Colegio.

LAS SOLICITUDES A D. SANTIAGO GOROSTIZA

Automovilistas y Propietarios de Motores

Os interesa conocer sin pérdida de tiempo los

Lubrificantes Americanos de Fama Mundial

SILKOIL

aplicándolos a vuestros Motores os resolverá vuestro problema económico por su alta calidad y extraordinario rendimiento.

Hacer un pedido de ensayo a su Representante

DOMINGO VELA REY

Almacén de Coloniales y Gran Fábrica de Cortadillos de Azúcar y Estuches Azucareros.

===== CACERES =====

CORTE ESMERADO



ESTILO PROPIO

SOLO VINAGRE

Abrigos "REGIUS"

Almacenes TERIO

Plaza Mayor, 13 - Teléfono 320

FERRETERIA-EXPLOSIVOS-ELECTRICIDAD

Lámparas «OSRAM»

Bautista Abad Llopis

Moret, núm. 38 ● CACERES ● Teléfono, 172

Antonio López PINTOR DECORADOR

Almacén de Papeles Pintados

Galán y García Hernández, 13

Teléfono núm. 336
CACERES

Fábrica de Mosáicos y Almacén de Maderas
LOZA SANITARIA Y CUARTOS DE BAÑOS

MARCOS MARIÑO

Cementos, Yesos, Azulejos, Cañizos
y toda clase de materiales de Construcciones

Oficinas y Exposición: Galán y G. Hernández, 6.-Teléfono 147 CACERES

La Unión y el Fénix Español



SEGUROS CONTRA INCENDIOS, SEGUROS SOBRE LA VIDA,
SEGUROS DE ACCIDENTES, SEGUROS DE VALORES,
SEGUROS DE ROBO

71 años de existencia

Capital so- cial efectivo: **12.000.000 de pesetas** (COMPLETAMENTE DESEMBOLSADO)

Reservas y finanzas: 125.795.880'49 pesetas.

Siniestros pagados: 617.167.851'88 pesetas.

SUBDIRECTOR EN EXTREMADURA:

D. Claudio González Alvarez

OFICINAS: Donoso Cortés, 23 (Antes Grajas)

CACERES

Automóviles, Camiones,
Repuestos.

GRAN GARAGE

con jaulas independientes

Ford

AUTOGOM
Taller de Recauchutados
Vulcanización eléctrica
de cámaras.

Accesorios de todas clases

Félix Crespo de Uríbarri

Unico Concesionario Oficial Ford para Cáceres y Trujillo
Avenida de la República. 3.—Telfs. 371 y 239.—CACERES.—Apartado, 98

ELPIDIO SOLIS

Procurador y Agente de Negocios

Galán y García Hernández, 10

Teléfono 199